

~~Caja 431. nº 9189~~

Caja 462. n. 10528

Cuzi 462-n-10528

Leg. 17

Contreras

SOBRE LA CONSERVACION DE LA ALHAMBRA

Y

CREACION DE UN MUSEO ORIENTAL.



SOBRE LA CONSERVACION DE LA ALHAMBRA

CREACION DE UN MUSEO ORIENTAL

prácticamente el verdadero carácter de los ocho inmortales siglos. Conservando en Alhambra con el entusiasmo desplegado por todas las clases de la sociedad, pueden augurarse mejores días para la ventura de nuestro decadenado pueblo; porque aprender á respetar á su propio venerando las obras de sus antepasados, como un digno de justicia y de pública moralidad.

Los monumentos de la España romana, los de la visigoda, los mozárabes, el renacimiento cristiano, los castillos y bellos de todos los tiempos, resplandecen con tan brillante esplendor la restauración arabe, ó por lo menos una conservación intacta. Por este camino la península toda podrá revivir el espíritu de la civilización árabe que aquí se conserva en sus ruinas y en sus restos.

I.

En otra ocasion nos hemos ocupado del *Arte árabe en España*, cuando todavía no conocíamos la importancia que ante el nuevo orden de cosas establecido en nuestro país podrian alcanzar los vestigios de la civilizacion agarena. Entónces intentamos la indagacion arqueológica del significado relativo que pueden tener los tres monumentos más caracterizados de aquel período; la Mezquita de Córdoba, el Alcázar de Sevilla y la Alhambra de Granada; ahora intentamos una relacion más concreta sobre esta última, refiriéndonos, especialmente, á las multiplicadas modificaciones que ha sufrido bajo el poder y la influencia de la dominacion cristiana, hasta nuestros días.

Un pretexto ha venido á excitar la recoleccion de estos apuntes. El Gobierno parece determinado hoy á conservar la Alhambra. Las Córtes han concedido un crédito de alguna importancia para continuar las emprendidas restauraciones. Los hombres más entendidos han aplaudido el pensamiento altamente ilustrado y decoroso para toda nacion que se precie de culta. La prensa de todas las opiniones ha aceptado el pensamiento sin reserva, augurando otro porvenir más halagüeño para las grandezas tradicionales de nuestra patria. Los estudios históricos, la ciencia de la indagacion arqueológica que con tanto éxito se ha desarrollado en casi toda Europa, rá á abrir entre nosotros quizá la primera escuela, donde se analice

prácticamente el verdadero carácter de los ocho inmortales siglos. Conservando la Alhambra con el entusiasmo desplegado por todas las clases de la sociedad, pueden augurarse mejores días para la ventura de nuestro decadente pueblo; porque aprenderá á respetarse á sí propio venerando las obras de sus antepasados, como un signo de justicia y de pública moralidad.

Los monumentos de la España romana, los de la visigoda, los mozárabes, el renacimiento cristiano, los castillos y baluartes de todos los tiempos, reclamarán con tan brillante ejemplo la restauracion merecida, ó por lo ménos una conservacion ilustrada. Por este camino la península toda podrá reivindicar el derecho á la consideracion universal que adquirió, con sus mayores glorias, la Italia de los Romanos y del Renacimiento. El amor al arte traerá, naturalmente, la aficion al cultivo de las antiguas letras españolas, y nuestros poetas clásicos, y nuestros grandes historiadores, sea cualquiera el sentimiento, siempre respetable, en que se inspiraron, ocuparán la parte considerable que les corresponde en la opinion pública, abstraída casi exclusivamente por la literatura y por los grandes adelantos de la civilizacion moderna.

Y no caben sobre este punto ciertas bellas teorías: no se puede fundar ninguna gran civilizacion sobre un terreno estéril. Pueblos que no tienen pasado, no establecen nada permanente; pero los que conocen su historia, los que la estudian y la aman, crecen y se desarrollan portentosamente; miéntras que los que la descuidan ó aborrecen, inútilmente se agitan y mueven para desarrollarse. Hay pueblos que, como los de la América del Norte, ofrecen el espectáculo de una fecundidad pasmosa, sin poseer tradiciones; pero obsérvense cuidadosamente; no es la virilidad del pensamiento lo que más los distingue; ellos tienen la conciencia de lo que les falta, y se apresuran á adquirirlo con ardoroso entusiasmo. Su engrandecimiento físico les atrae la vida exuberante de los pueblos viejos, que en poco tiempo se arraiga y se identifica al nuevo espíritu de nacionalidad. Alemanes é Ingleses llevan á ellos su literatura y sus adelantos industriales; llevan tambien ese arte que difícilmente adquiere carta de naturaleza; y cuando allí se han hecho centenares de ediciones de los novelistas, historiadores y filósofos ingleses, como grato pasatiempo de aquellos hijos de la orgullosa metrópoli, es cuando renacen esos génios que, si no tan originales, son recibidos y venerados como lo eran en Grecia los

de los tiempos homéricos, elevados á la categoría de dioses. Hinchidos esos noveles poetas de la vanidad de la nueva pátria, sin tradiciones que cantar, no se hacen eco del antiguo génio de los vates osiánicos, sino que, queriendo tener su pátria y sus glorias, buscan en la conquista del Nuevo Mundo, en los pasmosos hechos de los descubridores de América, grandezas que alabar y ejemplos con que fortalecer el espíritu de los ciudadanos de la gran república. Sin arte, sin museos como los de Europa, donde se hallan coleccionadas todas las obras del saber humano, salen de su rico territorio para enriquecerse en el viejo mundo con las joyas arqueológicas todavía abandonadas; y, enriquecidos con ellas, regresan á su país para alhajar sus nacientes establecimientos de instruccion pública, cuyo constante trabajo de adquisicion les hará dueños en poco tiempo de todo aquello que tenemos todavía en el olvido. De este modo el pueblo que no posee tradicion propia explota la agena, porque no puede existir ni engrandecerse sin las obras de la antigüedad.

Y no puede decirse que otros pueblos de remoto origen y constante civilizacion han venido, sin embargo, á la decadencia. Para nosotros este no es un fenómeno que pueda desconcertarnos. Los que se hallan en este caso, como España, no experimentan una decadencia positiva. La precaria situacion de los dos últimos siglos ha sido más bien una suspension del progreso, que una decadencia. No podemos suponer gratuitamente que ha retrocedido, cuando, durante este tiempo, se han producido grandes génios en las artes, en la literatura, en las armas y en la política. El espíritu no ha muerto; ha habido, sí, que deplorar la pereza de la materia; miéntras otros pueblos han adelantado en progresión compuesta, y nosotros hemos vivido perplejos con la memoria de los grandes infortunios. En tanto, nos han arrebatado las tradiciones de una existencia prolongada para enaltecer las grandes instituciones de otros países; pero ¿quién duda que cuando despertemos de ese fatídico sueño podamos conseguir en veinte años, recordando la pasada civilizacion, lo que otros alcanzaron en dos siglos? Un signo evidente será que proclamemos el principio de conservacion de todos nuestros monumentos artísticos y literarios, que estudiemos los síntomas, todavía palpables, de aquellas convulsiones que estremecieron el edificio social de la Edad Media, y que podamos perfeccionar la ciencia que tantas y tan variadas raíces echó en nuestro suelo.

Por más que medie un abismo entre la cultura musulmana y la civilización del cristianismo, no podemos negar que, así como ésta se abrigó con las artes paganas, aquella resumió los más antiguos orígenes del arte que sirvió de base al paganismo. Siendo una bifurcación de las primitivas corrientes del génio oriental, la sabiduría de los Arabes, tomada en más puras fuentes, vino á servir de complemento á las luces é inteligencia que difundió el cristianismo al concluir la Edad Media. Estas son las razones que han excitado al estudio á los orientalistas modernos. Ni el espíritu ciego de escuelas intransigentes, ni el sostenimiento del inveterado exclusivismo de ciertos principios, llamados unas veces clásicos y otras teológicos, han podido borrar el poderoso atractivo que para los hombres despreocupados tenía el génio oriental, desarrollado en las escuelas filosóficas de Egipto. Así es que el arte y los conocimientos científicos de los Arabes han triunfado, no del cristianismo, sino de la exclusion perpétua á que parecían condenados. La consecuencia inmediata há sido la manifestacion universal de curiosidad y simpatía hácia los monumentos del Asia oriental y septentrional, de Persia, de Sicilia y de España; llegándose hasta distinguir en sus menores detalles la filiacion rigurosa que asigna á cada uno el lugar que le corresponde en una época determinada. El movimiento ascendente de aquel vértigo conquistador que inundó la mitad del mundo, tuvo un dichoso término en España, donde con inusitada valentía se realizaron obras comparables sólo á las de la dominacion romana y á las de los siglos modernos.

Luego que ese Oriente invasor cruzó sus artes, sus armas y su inteligencia con el cristianismo prepotente, y que prestó su filosofía aristotélica á la filosofía escolástica, concluyó su mision; aunque por el pronto no se le vió decaer, desde aquel tiempo, durante tres siglos todavía, vivió de su propia exuberancia, dando al mundo las artes ménos clásicas, pero más empíricas, que se ven en fragmentos, medio arruinados, en el antiguo reino de Granada. Tan gloriosa historia, es la que se traduce todavía de los enrojecidos baluartes de la Alhambra; ella es la que le imprime el inexplicable atractivo que sienten á su aspecto los amantes de la idealidad, y lo que conduce á su recinto multitud de viajeros que de todas partes acuden á contemplarla. El Gobierno, á su vez, parece haberlo comprendido así, cuando en el momento de incautarse de los bienes del Patrimonio Real, dispone su conservacion

á cualquiera costa. ¿Se salvará de este modo de la ruina que en España ha alcanzado á otros monumentos? Fundamos temores, y abrigamos esperanzas.

De los tres notables ejemplos del arte árabe arriba citados, la Mezquita de Córdoba, convertida en Catedral, ha adquirido por este concepto una perpétua conservación que no inspira desconfianza. Edificio ménos bordado por la tranquila mano de un ideal fatalista, no tiene que guardar más que dos ó tres bellísimos conceptos de complicada ornamentación, que nadie en adelante será osado á destruir. Sus formidables muros y enlazado bosque de pilares, se hallan guardados por un poder incontrastable aun en muchos siglos. El Nuevo Testamento conservará cerrado el Koran para siempre, pero al fin lo guardará como objeto arqueológico, y esto basta para el porvenir de aquel gran monumento. El Alcázar de Sevilla, edificio ménos clásico y suntuoso, resto de un periodo de segundo orden; modificación hecha de un género ménos florido, y en el que se observa la influencia del mudejar como rara mezcla de motes y dísticos de la época de nuestra nacionalidad; este edificio, repetimos, queda bajo el amparo del monarca, sirviéndole de sitio de recreo, y por lo tanto sujeto, como lo estuvo siempre, al capricho innovador de alcaldes que hagan restauraciones como las últimas, que dan pavor al viajero sensato y hacen llorar al artista entusiasta.

La Alhambra, representación como hemos dicho en otra parte de esta REVISTA, del último plazo concedido á la dominación musulímica, queda á expensas y bajo la protección del Estado. No podía entregarse á una venta ignominiosa con los demás bienes de que se incautaba, porque ya habia pasado el tiempo en que el país diera el triste espectáculo, tan repetido entre nosotros, de vender por cantidades insignificantes antiguas preciosidades, cuya pérdida lamentaríamos eternamente. Y no bien se empezó á discutir esta grave disposición, cuando se vió á todos los hombres entendidos, á las Sociedades sábias, á las Academias y Comisiones provinciales, levantar su voz reclamando del Gobierno la existencia de la Alhambra, como asunto de honra y de dignidad nacional. Este aceptó la ilustrada recomendación de los respetables cuerpos artísticos, y dispuso, dando prueba de alta cultura, librar los singulares vestigios árabes de una ruina cierta. El Ministerio de Fomento reclamó al de Hacienda la entrega íntegra de lo que

es monumental, y de lo que es bello tambien por la naturaleza y el arte en la Alhambra. Parece, pues, y podemos prometernos, fiados en el progresivo desarrollo de la inteligencia humana, que se salvará lo que reclamaba todo el mundo, y que se ha dado una satisfaccion á todos los que no pueden recordar la España sin envolver esta idea en la del mágico recinto de las antigüedades granadinas. Y si hemos de tener fe en el destino que preparan á nuestro país las continuas evoluciones que se verifican, confiemos en el Estado, confiemos en la civilizacion, que no puede retroceder.

Pero hay, al par de estos tres monumentos citados, una multitud de vestigios esparcidos en toda España y particularmente en Andalucía, que deben arrancarse á toda costa de la especulacion privada, que los adquiere ó los roba para entregarlos á los extranjeros, y embellecer sus ya tan ricos Museos y Escuelas. A este fin se encamina sin duda el pensamiento de crear en la Alhambra un Museo de antigüedades orientales; pero las ideas rara vez se contienen en sus justos límites. En España ha sucedido, generalmente, que los mejores proyectos, después de discutidos y proclamados, se han hecho irrealizables por el afan de aparecer de una vez y en poco tiempo, capaces de hacer cuanto han hecho otros países á fuerza de años y de sacrificios. Casi todas las ideas son practicable, si están en armonía con otras condiciones. No se pueden rebatir los grandes pensamientos, cuando envuelven nobles propósitos; y si se dice que debe crearse en la Alhambra un centro ó establecimiento especial, donde se reúnan y clasifiquen los restos celtiberos, griegos, romanos, visigodos, judíos, árabes, mudejares y cristianos, esta idea no se puede combatir, es practicable, pero ¿la realizaremos nosotros? Nada más fácil que principiar la obra y amontonar objetos más ó menos interesantes, de los que se hallan esparcidos y pudieran adquirirse. Pero aparte de los pocos que el Estado pudiera suministrar, de los que entregáran forzosamente las Comisiones de Monumentos, y los escasos que cedieran los particulares, á duras penas se reunirían dos centenares de objetos para formar el núcleo de un Museo cuya fama tanto se habia pregonado. No sucederia lo mismo si al amparo de la conservacion de la Alhambra, mejor y más rico museo de la época oriental, se cuidan, se adquieren ó se guardan los restos ú hojas descompaginadas de su gran libro, se extiende esta accion conservadora á

recoger los que se hallan esparcidos entre los castillos y baluartes de toda la comarca, y se les señala un lugar seguro donde puedan reunirse y estudiarse. El primero y más grande pensamiento necesitaria los millones que ha empleado el Museo Británico, los de Francia, el de Kensington, los de Baviera, Roma y Nápoles, para ser consecuentes y no caer en el ridículo; el segundo está al alcance de nuestras fuerzas y en armonía con la significacion é importancia de una sola parte de nuestro territorio, que es en suma lo que comprenderá el proyectado Museo. Y no queremos tampoco hacer exclusiones á favor del arte árabe y en perjuicio de las artes clásicas y de los estudios prehistóricos, porque, como ya hemos dicho, bajo el amparo del singular monumento de la Alhambra, y sin grandes dispendios, pueden coleccionarse todo género de antigüedades, disponiendo un departamento á propósito, el cual pudiera ser una parte del Palacio del Emperador Carlos V, edificio sólido que está sin concluir y que no pretendemos que hoy se termine creando una dificultad económica insuperable, sino que se habilitaria en dos ó tres de sus naves, con suficiente capacidad para contener cuantos objetos se recogieran en un siglo.

Hemos dicho hasta dónde se extiende el límite de las ideas practicables en nuestro país, con lo cual puede cumplirse el propósito del Gobierno, de la prensa y de cuantos han tomado parte en este asunto. No hay hostilidad, en absoluto, al pensamiento de crear un Museo; si se aprovechase los 65.000 duros destinados por las Cortes, para conservar y restaurar la Alhambra, y no se distrae parte de la suma en la adquisicion y porte de antigüedades romanas, judías y góticas, si los objetos arqueológicos que existen á disposicion de las Comisiones oficiales de Monumentos, se trasladan á ese local del Palacio del Emperador, de antemano dispuesto, y se mandan entregar los vestigios de las puertas y castillos árabes que hay medio arruinados y que tengan inscripciones ú ornamentos, como los de Jaen, Almería, Córdoba, Toledo, Sevilla, etc., donde el Estado conserva sobre ellos el derecho de propiedad; y si se recoge, en fin, en las poblaciones pequeñas que fuéron ántes lugares ricos y populosos, la variedad de pequeños restos que están diseminados y casi abandonados en manos de particulares, procedentes de sepulturas, casas solariegas, construcciones ruinosas, etc., compuestos de jarros, armas, muebles, libros y monedas, podrá conseguirse lenta y seguramente, sin inmoderados dispendios, la

formacion de un Museo Oriental, con ampliacion más accesoria á los objetos que no correspondan á esta clase. Esto es lo posible, esto en nuestro entender es lo practicable, lo que no distrae del objeto principal, que es la conservacion de la Alhambra, las sumas que á ella se dediquen; y así se conseguirá el que no pierda la vida que merece tener, y á su lado habrá un Museo que cumpla el acuerdo de las Córtes, en toda su posible magnitud.

Hemos indicado que no debe distraerse cantidad alguna de la restauracion y conservacion de la Alhambra, en los gastos de creacion ó instalacion del Museo Oriental proyectado; porque aquella suma puede finalizar la restauracion ya emprendida, que es lo mas esencial y urgente; miéntras que para la formacion de un Museo digno, sería exigua y pobre. Nosotros establecemos como principio la necesidad de que exista en España un Museo de antigüedades orientales, porque en ninguna otra nacion puede hacerse con tantos elementos como en nuestro país; pero queremos reducirnos á lo posible en la actualidad, y no perjudicar á la Alhambra. Tambien hemos indicado el Palacio del Emperador Carlos V como local á propósito para contener los fragmentos de diversas clases que lo hayan de constituir: y ahora debemos ampliar la idea, demostrando que la razon principal que tenemos es la que nos impulsa á dejar consignado que las preciosas estancias del Alcázar morisco, revestidas desde el suelo á las techumbres de finos atauriques, ricas alfardas, complicados alicates y poéticas inscripciones, no pueden ni deben contener viejos fragmentos de diversos géneros que se hayan recogido de otras construcciones en su mayoría ménos delicadas; porque las despojaría del mágico encanto, venerable aspecto y deliciosas perspectivas que ofrece este glorioso edificio; y como fuera de estas interesantes salas no se encuentran más que pasadizos y cuartos estrechos y mal alumbrados, no existe realmente en el Palacio árabe local á propósito para contener el Museo. Pudieran en verdad habilitarse cuatro ó cinco habitaciones que se construyeron para dar alojamiento á los reyes D. Felipe y Doña Juana, las cuales están separadas de la construccion árabe; pero aparte de ser pequeñas no ofrecen seguridad ni tienen condiciones para contener grandes y pesados objetos como en su mayor parte habrian de ser los que se coleccionaran.

El Palacio del Emperador Carlos V carece de cubiertas, mién-

tras sus muros son muy sólidos y no tienen decorado interior. Construirle una cubierta general sería tan costoso, que aparece hoy irrealizable; pero si se cubre tan sólo una de las naves de la fachada que mira á Poniente y la escalera que está inmediata, su costo no excedería de seis mil duros, cantidad no exagerada que proporcionaría el local que se necesita para establecer el referido Museo. De este modo no perjudica la integridad y belleza de los monumentos árabes; puede realizarse con el concurso de las Comisiones de Monumentos y Academias de la Historia y de San Fernando, y se empezaría depositando en él algunos objetos que existen hoy en el Alcázar, los que arrojarán esos descubrimientos que naturalmente producen las buenas restauraciones, y con los que se utilizaran de los edificios que se arruinan diariamente en los antiguos barrios de Granada y demás pueblos de ese antiguo reino; cuya adquisicion lenta podria proponerse ó intervenirse por la misma Comision de antigüedades de la provincia, y por la direccion del citado Museo.

Vamos ahora á ocuparnos de lós antecedentes que han presidido al espíritu de conservacion en la Alhambra, desde los tiempos de la conquista.

II.

No es una idea nueva la que considera hoy los edificios árabes de España dignos de la más urgente conservacion. En los períodos más brillantes de nuestra grande historia, no bien se habia dominado por la fuerza de las armas el último baluarte del señorío musulmán, cuando se tomaron las primeras disposiciones para conservar á todo trance lo conquistado. Como generosos civilizadores y amantes del arte, los vencedores establecieron la necesidad de honrar las obras de la raza vencida, de arrancarle sus secretos y hasta de que sirvieran de semilla al nuevo gérmen de la unidad nacional.

Interesantes documentos conservados en el archivo de la Alhambra atestiguan que, sin las restauraciones hechas desde 1493 hasta 1554, las delicadas formas de esta arquitectura habrian desaparecido para siempre. No hay un muro, una torre, un adarve que no se fortificara hasta sus cimientos durante aquella época.

Sin los colosales trabajos que se hicieron al finalizar del siglo XV, habria sufrido la misma suerte que la multitud de castillos y alcázares que habia diseminados por esta parte de Andalucía, en aquellos tiempos. Concesiones especiales, rentas, exacciones arbitrarias, y muchas veces injustas, consignaciones pingües se dedicaron entónces á su conservacion, y si bien hubo un momento de orgulloso poder en nuestros antepasados, para que bajo su influjo se levantaran edificios como el Palacio del Emperador, sobre la más alta cumbre del recinto musulman, queriendo amenguar la hermosura de las construcciones arábicas. fué sólo el engrعيمiento enérgico de una civilizacion superior que pretendia poner en competencia las artes de distintos pueblos, razas y costumbres.

En la primera mitad del siglo XVI, cuando se acabó de dar vida á estos monumentos, suficiente para que pudieran soportar el punible abandono de la época de nuestra decadencia; desde Felipe II hasta los últimos años de la dinastía austriaca, costó inmenso trabajo el conseguir que se restauraran las ruinas que habian ocasionado los temblores de tierra, la intolerancia y el desenfreno de una estrecha pasion política, y á duras penas se alcanzó salvar de las ruinas el Patio de los Leones, el Salon de Comareh y el de Abencerrajes, cuyas construcciones habian experimentado más abandono, ocupaban los más peligrosos parajes, y estaban quebrantadas por el estremecimiento que produjo el incendio de un polvorin inmediato, ocurrido hácia el año 1690.

No es ménos cierto que sin las obras hechas en los años 1592, 1609 y 1684, aunque pobremente sostenidas, la Alhambra no habria llegado á nuestros tiempos, y hubiera perecido á semejanza de otros edificios que estuvieron en poder de nobles familias á quienes fueron cedidos como galardón de guerras en la época de la expulsion. Hasta mediados del año XVIII, á consecuencia del movimiento intelectual que agitaba la Europa, cuyas ideas debieron propagarse á España, donde en medio de un lamentable atraso habia espíritus fuertes capaces de sustentarlas, no se reclamó, en notables documentos que hemos examinado, la conservacion de los edificios árabes de todo el país, y con especialidad los de Granada, por ser los más perfectos y dignos de admirarse. La Academia Real de San Fernando, las Sociedades de Fomento y de Amigos del país, viajeros eminentes, y hombres políticos tan ilustrados como Jovellanos publicaron Memorias sobre su importancia, y la conveniencia de pro-

longar la vida de tantas preciosidades artísticas; y se llegó á iniciar la idea, que debia desarrollarse un siglo después, de un renacimiento precursor de la arquitectura nacional moderna, como habia sucedido con el arte mudejar en otra época memorable.

Los acontecimientos que siguieron al reinado de Cárlos III crearon un obstáculo insuperable, al que cooperó el exclusivismo demostrado entónces por los artistas eruditos que llamaban *bárbaras* á las artes góticas, árabes y bizantinas, queriendo persuadir de que, fuera de las construcciones greco-romanas, no podia hallarse ni la belleza, ni la conveniencia, ni el buen sentido. Las obras de restauracion que se hicieron durante el siglo XVIII, llevan impreso el sello de la miseria y del atraso de los talleres españoles; y á pesar de ello, fueron tan necesarias, que se habria arruinado la mitad del Palacio sin las grandes reformas hechas en las armaduras y en los muros de sostenimientos. Mayores males aguardaban á estos edificios desde el año 1800 al 1838. ¡Parecia haberse olvidado su existencia! Careciendo de recursos los alcaides ó gobernadores militares, que vivian á expensas de mezquinos privilegios sostenidos á costa de un centenar de familias, convirtiése el más bello de los monumentos de España en una casa de vecinos, que pagaban una mezquina renta para alimentar los sueldos de los empleados. Las peticiones que se hacian al rey en busca de recursos, no se contestaban sino rara vez. El poco amor al arte, á la ciencia y á las glorias de la pátria, que caracterizó aquella época, dió lugar á un fatal abandono tan estúpido, que las fuentes y los baños monumentales se convirtieron en lavaderos públicos, las más bellas estancias se dedicaron á establos, y un enjambre de pordioseros albergó entre las obras preciosas de la antigüedad. Así visitaron la Alhambra Washington Irving, Owen, Chateaubriand y otros no ménos celebrados autores, los cuales lamentaron el abandono, miéntas descubrian un tesoro de riquezas que parecian ignoradas. Era ya tiempo que, al desenvolvimiento del espíritu moderno en nuestra pátria, acompañase un interes más vivo por las glorias del arte y de la historia nacional. Principiamos á comprender que, en el extranjero, se tenía una alta idea de los monumentos árabes; que se habia hecho en Inglaterra la más elegante edicion, entónces conocida, de sus detalles; que en Francia y en Alemania se repetian ediciones no ménos importantes, enalteciendo su estudio; y que un número, siempre creciente, de viajeros

venian á visitarlos, con el propósito especial de sentir, bajo las bóvedas estalactíticas, las inspiraciones que embellecieron las mejores obras del primer poeta americano.

Los ilustrados patricios que gobernaron el Patrimonio de la Corona en 1840, comprendieron inmediatamente que el espíritu de regeneracion política debia cimentarse con el progreso de las ciencias y de las artes. Los informes que á este propósito se dieron, las concesiones que se otorgaron, prepararon un renacimiento fecundo y un desagravio á la honra nacional. Los memorables Argüelles y Los Heros dispusieron que inmediatamente se atendiese á la restauracion y conservacion de la Alhambra; que se desalojase á la multitud de familias que poblaban su recinto, y que, en adelante, se cuidase con el mayor respeto, consignando á este propósito 10.000 rs. mensuales para las obras de reparacion necesarias. Después del año 44 sufrieron alguna paralización, por efecto de haberse disminuido los recursos que con tan sana voluntad se habian dispensado, y hasta el 47 no volvió á restablecerse la marcha regular de las restauraciones.

No faltaron desde entónces las consignaciones para atender á los trabajos. Por un lado se aseguraban los muros, y por otro una restauracion permanente repenia las inscripciones perdidas, los ornatos mutilados y los que estaban en ruina. Así se realizó, con aplauso de viajeros y artistas, tan fecundo pensamiento, y escritas están las descripciones entusiastas que se han hecho de estas obras, citadas en muchas publicaciones de dentro y fuera de España, y que consiguieron ser premiadas en las exposiciones internacionales de Paris y Lóndres.

Lo exíguo y lento de los recursos dedicados, han prolongado la restauracion durante quince años; pero bien puede asegurarse que las obras han sido suficientes para salvar la mitad del Alcázar árabe de una ruina próxima, y que el resto haya podido sostenerse hasta este momento. Hé aquí un resúmen de las principales:

En la Torre de Embajadores hay una gran extension de superficie labrada al estilo persa, del segundo período de las construcciones mahometanas, con restauraciones ajustadas á las líneas y tracerías antiguas; muchas inscripciones interrumpidas por trozos desprendidos que se habian reemplazado bárbaramente por las de otros parajes, han vuelto á adquirir su primitiva significacion, reponiéndolos con sus mismos pedazos; se han arrancado de la super-

ficie del ornato gruesas capas de cal que torpemente se habian aplicado á ellos por disposicion de alcaides, que en algunas épocas dispusieron de la suerte de estos edificios. Aún en nuestros dias es muy difícil evitar esta clase de estúpidas reparaciones, que se intenta siempre llevar á cabo en la mayor parte de los monumentos andaluces.

En el Patio de los Arrayanes toda la galería, de 25 metros, que se hallaba desplomada por el enorme peso de una armadura moderna, se ha restaurado, devolviendo al tejado su forma peculiar, y reparando la ornamentacion de sus arcos; se ha descubierto una gran parte de la magnífica inscripcion que hay sobre el basamento, y la decoracion de las puertas, demasiado mutiladas por la intemperie, se ha llevado á efecto con notable economía. En Lindaraja y nave que le antecede se verificó el reforzado de sus muros exteriores.

Los ornatos de las galerías del Patio de los Leones se han restaurado en gran parte, cuya obra esencialísima ha quedado suspensa por falta de recursos. Este patio, considerado el más bello del mundo, carecia del antiguo alero de madera labrada, que se desmontó á principios del siglo XVII; el que pusieron en su lugar era mezuquino y de distinto género; se caia á pedazos; se habian descubierto trozos del antiguo, y estaban indicados en la obra vieja los huecos de sus canes; no habia duda ninguna en su forma original, y acometióse su restauracion al mismo tiempo que la de la cúpula de uno de los templetos, del mismo modo indicada en los antiguos proyectos que existen en el archivo de la Administracion.

En la Sala del Diván se aseguraron muros y repusieron ornatos que habia destruidos en toda la parte baja de los paramentos, colocándose en unos pequeños alhamies hallados recientemente, los jarros, pilas, inscripciones y mármoles labrados que estaban ocultos ó diseminados por el alcázar. En la Sala de Abencerrajes, en la de los Baños y en otras se han hecho obras de consideracion, y no citamos los arcos de estalactitas, techumbres, pavimentos, mosaicos y comarrajias que se han descubierto y restaurado, por no hacer demasiado cansada esta relacion.

Se nota, pues, ciertamente que no han terminado estas obras, y quedan aún muchas esculturas ornamentales que reclaman pronto auxilio. Otro pabellon ó andito del Patio de los Leones se está hundiendo. Una buena porcion de sus galerías amenaza caer so-

bre los viajeros que las contemplan. Artesonados, mosaicos y atauriques están en igual peligro. Algunas puertas, incluyendo la de entrada principal, últimamente descubierta, se hallan sin restablecer, y el interior de las preciosas Torres de la Cautiva é Infantas deben experimentar el beneficio de la restauracion.

El sistema que hoy se sigue en Inglaterra, Francia y Alemania para restaurar los monumentos artísticos está practicado entre nosotros. A la exclusion absoluta de toda idea reparadora que tuvo una aceptacion entre los artistas, que bien pudiéramos llamar *platonicos*, los cuales comprometian la conservacion de los monumentos antiguos por la exagerada idea de no tocarlos, ha sucedido un sistema razonador que no extralimita su objeto, y que se dirige á restablecer, hasta donde humanamente es posible, el fragmento que se desprende, el pedazo que se debilita y afloja la firmeza del todo, y el vestigio que revela el estado del antiguo carácter y que conviene que no se mutile ó pierda convertido en polvo. Horrible es presenciar los impremeditados restauros del Alcázar de Sevilla, ¿pero cuán agradable y magnífico no es hoy ver restauradas las catedrales de Francia y los castillos de Alemania, donde se contemplan especialmente los grandes asuntos biblicos pintados sobre sus muros interiores? Mientras en España se ahuman ó se cubren de cal las portadas góticas, los relieves y hasta las estatuas, allí procuran restablecer el carácter antiguo, y si se incurre en algun error, nunca afecta á la integridad de la obra antigua. En todos los museos del mundo hay artistas que, por un criterio más erudito que de inspiracion, están consagrados á conservar los vasos, los sepulcros, las esculturas, las porcelanas, los bronce, y sobre todo hasta los lienzos, cobres y tablas de los grandes maestros, que desaparecerian ciertamente en dos ó tres siglos si alguna vez el espíritu de conservacion no viniera á restablecer el diminuto fragmento que se destaca de la obra, y tras del cual se iria todo el resto. Vale más incurrir en un pequeño error de apreciacion, que abandonar incondicionalmente un monumento de cualquier género que sea.

En las artes árabes que se manifestaron en nuestro país en el último período de engrandecimiento, el principio científico de la construccion quedó sujeto casi absolutamente á las exigencias de la parte decorativa, produciéndose monumentos en los cuales se ven arcos semicirculares en muchos claros y hornacinas, que han

sido despojadas de un revestimiento decorativo que tenia forma ogival ó de herradura. Por esto se ha dicho con razon que muy léjos del arte romano, en el árabe hay dos concepciones: la constructiva, simple, económica y de pura necesidad, diferente del revestido de ornamentación, que afecta diversos pensamientos y estructura. Hay por consiguiente que subordinar aquella á ésta, porque la primera nada significa, miéntras la segunda es todo lo fastuosa que pudieron imaginar. Debe, pues, conservarse la Alhambra con el sentimiento escultórico del ornato geométrico, con todo su carácter, sus filigranas, sus bordados y sus pequeñas formas simbólicas, con el tono de aridez ó de galanura que ofrece bajo las mismas ó parecidas formas constantemente repetidas ó multiplicadas.

Tales son las bases que han de presidir á esta clase de restauraciones. Más ó ménos entendidas las que se hicieron por los maestros alarifes, descendientes de los Arabes, son todas buenas. Las que se acometieron desde los años 1600 á 1720, participan del sentimiento del arte cristiano, habiendo querido traducir la piña, la concha y la hoja picada de los Arabes, en la flor, la concha marina, la hoja de acanto, el tallo y la voluta del Renacimiento. Más tarde, y en las últimas restauraciones, se ve más el espíritu filosófico que pretende darse cuenta del génio que inventó y de su peculiar carácter, imitándolo servilmente para conservarlo en su primitiva pureza. Nada de interpretaciones, nada de ese vanidoso afán de hacer más bella la obra antigua, y en cuyo sistema están hoy educados cuantos se dedican á guardar los museos y los monumentos que por su índole no se pueden trasportar á los grandes centros de enseñanza.

III.

Hemos llegado á un tiempo en el que se mide la cultura de los pueblos por el grado de respeto y veneracion que consagran á las obras de las pasadas generaciones. Las Sociedades oficiales de Monumentos que existen en España, cuya creacion tantos beneficios ha dado al arte y á las letras, inspiradas en aquel principio civilizador, han cooperado en el caso presente á sostener la importancia de las antigüedades. Insistiendo sobre el mejor sistema de restau-

raciones aceptado, y fieles á sus estatutos de aconsejar é ilustrar las cuestiones del arte y de la historia del país, han dado completo asentimiento á una exposicion que elevó la de Granada á las respectivas Academias de la Historia y de San Fernando, haciéndose esta última intérprete fiel de los razonamientos que consigna, cerca del Gobierno supremo; y recomendando no tan sólo la importancia de la Alhambra, sino el sistema de restauraciones á beneficio de las cuales se ha conservado. No podemos dispensarnos de insertar á continuacion algunos de sus mejores párrafos, porque ellos demuestran, mejor que podríamos hacerlo nosotros, el gran merecimiento del asunto que se discute. Entre otros, dice:

« De los tres reconocidos periodos de grandeza que en España desarrolló el arte árabe, el más esplendente, puro y genérico, es el que manifiesta con general asombro el fastuoso recinto de los alcázares granadinos. En ellos se concreta la inspiracion, se unifica el carácter, se regulariza el género y se origina el más supremo esfuerzo del talento humano, bajo el sentimiento de las creencias y costumbres de aquella civilizacion. Ni en Córdoba, donde la forma es ménos esbelta y ménos clásica, recuerdo vivo todavia de las construcciones del Oriente y reminiscencias bizantinas; ni en Sevilla, donde perdidos los primitivos alcázares, se conserva un palacio de estructura cristiana con ornamentos arábigos y tracerias mudejares; ni en parte alguna de las tierras dominadas por aquellas gentes industriosas, se encuentra un ejemplar más armónico del estilo, ni una prueba más clásica de los prodigiosos elementos reunidos para evocar el grado de cultura que alcanzaron en ocho siglos de constante progreso. Ninguno, pues, merece tan alto concepto, y ninguno ha conseguido ante el mundo moderno el exclusivo renombre que goza. Ni el Alcázar de Sevilla, ni la gran Mezquita de Córdoba, pueden remplazarlo: ni la civilizacion agarena en Egipto, en Persia, en Turquía, en Africa, consiguió el refinamiento y belleza de la Alhambra granadina. Ni las glorias de la Reconquista, como se ha querido demostrar, están simbolizadas en ningun monumento español mejor y más cumplidamente que en este último baluarte, tan obstinadamente defendido y tan heroicamente ganado.

» Sentado este precedente, fijémonos ahora en el recinto. Situada la Alhambra en la cúspide de una colina que se escogió como lugar seguro y defendible, á la usanza de la Edad Media, quedó aislada y ceñida por una linea de fuertes murallas y robustas torres que flanqueaban sus salidas, en tanto que las rápidas vertientes de sus escabrosas faldas se abrieron á una lozana y frondosa vegetacion, cuyas raices debian asegurar el terreno y hacer más estables las atrevidas construcciones de la cima. Las aguas, que ingeniosamente se sangraron al Dauro para conducir las á aquella al-

tura y alimentar los estanques, baños y aljibes, se abandonaron por las naturales vertientes de la montaña, y produjeron los fantásticos jardines y bosques que se han hecho proverbiales en todo el mundo. En el espacio cerrado por las murallas, levantaron el Alcázar, las mezquitas, los palacios para el harem, las oficinas públicas, y las opulentas viviendas de una numerosa corte. Entre la fortificación y sus almenas se alzaban minaretes labrados; el arte bordó sus principales puertas; los preciosos arabescos se prodigaron por todas partes, y el lujo de la comodidad ó del deleite dió mágico encanto á todo este singular conjunto.

»Arrojados los Arabes de este último y formidable abrigo, los Reyes Católicos se hospedaron en él, dejando huella imperecedera del respeto que les inspiró. Para no alterar tan preciosas estancias, se construyeron habitaciones al lado y fuera del edificio mahometano, y dispusieron dedicar cuantiosos recursos para conservar la joya adquirida. Todavía se ven esas viviendas que en nada dañaron al monumento. Fué preciso que treinta y cinco años después, el Emperador, confiando á artistas italianos las obras que dieran testimonio de su grandeza, permitiera la construcción de un palacio, que parecia destinado á humillar la importancia del antiguo. Para hacerlo, inutilizaron una pequenísima parte de éste, y su conclusion quedó problemática á consecuencia de un informe del célebre Juan de Herrera, que lo condenó á perpétua inhabilitacion, con aplauso de todo el mundo. En aquel tiempo, los baluartes y torres sufrieron transformaciones sucesivas; pero cabe en honra de aquellos artistas dejar consignado, que restauraron y fortificaron las obras árabes con gran respeto. La Alhambra, pues, desde mediados del siglo XVI ostenta dos grandes civilizaciones, uniendo á sus poéticas escrituras cúficas y africanas, los trofeos de las empresas de Flándes, y del descubrimiento de América.

»Es su recinto todo, con los citados bosques y jardines, un lugar sembrado con los despojos de doce siglos, bello por el arte y por la naturaleza, donde ambos elementos se han combinado maravillosamente para producir un contraste que convida á la meditacion y al estudio.»

Y después de otros elevados conceptos y profundas consideraciones, continúa la exposicion:

«La humana prevision puede hoy conservar lo que el interes individual, el descuido ó la ignorancia de los antiguos alcaides ha dañado. Dar á la Alhambra su primitivo aspecto, sería imposible, y pretenderlo una insigne torpeza; pero dejar la Alhambra tal como es, acabar las restauraciones, que no son otra cosa que obras de conservacion; restablecer esos monumentos citados, arrancándolos de la industria particular; reconstruir los fuertes de esas preciosas torres que hay fuera del Alcázar; cuidar los bosques y aprovechar las aguas que vierten las fuentes tradicionales, de-

biera ser de hoy en adelante el cuidado del Gobierno. El conseguirlo ni es costoso ni difícil. En los mejores tiempos de restauracion se invertian en ésta, aparte de otros gastos infructuosos de las administraciones, cerca de 4.000 duros anuales, con los cuales se han realizado importantes obras. El Estado, pues, con un sistema puramente artistico, sostendria dignamente la integridad de la Alhambra y garantizaria su existencia; Mezcquina cantidad, que atrae á España millares de viajeros que vienen á ver casi exclusivamente sus monumentos árabes, y que le da un copioso raudal de consideraciones y de fama!

«Pero aún puede la Alhambra llenar otra mision más cumplida que generalice su interes nacional y justifique más todavia la atencion del Estado. Esparcidos se encuentran en España, y particularmente en Andalucía, multitud de fragmentos árabes, mudejares y romanos, que se pierden por no haber centros oficiales suficientemente dotados para poderlos adquirir, y que van á embellecer los museos extranjeros. En Granada mismo, donde por más tiempo resistió la dominacion mahometana, se arruinan continuamente edificios que descubren interesantes restos de aquellas edades, y que desaparecen como los de otros parajes ya citados. No seria difícil obtener, unas veces por cesion y otras por adquisicion, esos preciados objetos que excitan la codicia de los especuladores, y guardarlos en la Alhambra, convenientemente clasificados, para estudio de los artistas y enseñanza de todos. Cortos serian, en concepto de esta Comision, los sacrificios que se impondria por ello el país, pues estos esparcidos objetos, colocándolos al cuidado de la misma restauracion artistica que conserva el Alcázar, intervenida por esta Comision arqueológica, no ocasionaria nuevos y complicados gastos sobre los que se consideren permanentes.»

Por último, de entre las juiciosas observaciones que hace aquella Comision para evitar los defectos que han originado pérdidas lamentables de nuestras mejores obras, por un deseo de conservacion mal dirigido, insertamos por último estos significativos párrafos:

«Si, confiando en más ó ménos ilusorios proyectos, se abandona la tranquila, constante y ordenada conservacion de las ruinas que se presentan, todo el mundo deploraria tan grave falta. Al palacio árabe de la Alhambra no le amenaza el rio Dauro, porque sus aguas no arrastrarán en quinientos años la base de la montaña por el lado donde está construido aquel; miéntras el abandono, la indiferencia ó el feroz intento de destruir le amaga siempre. De los ódios de raza, ó de una ciega intolerancia, lo ha salvado hasta hoy la autoridad del Real Patrimonio, cuyo poder omnimodo estuvo por encima de las luchas de ciertas ideas y de ciertas disposiciones sustentadas por el espíritu egoista de localidad. Así, viéronse en 1514 librarse las inscripciones de la Alhambra del anatema que pulverizó

á más de cuatrocientas repartidas en la ciudad de Granada, porque aquellas pertenecian á la Corona, y no se habria conservado el Jarro, las Pilas, los pergaminos pintados de la Sala de Justicia, las lápidas y relieves de estilo persa que allí existen, si no los hubiera guardado aquel Patrimonio, que rempaza hoy el Gobierno de la Nacion.

»Y en tanto que esta Comision arqueológica excita á la Central y á las respectivas Academias de la Historia y de las Bellas Artes para que presenten al Gobierno su más poderosa é ilustrada iniciativa y sus más sabios consejos, no podrá dispensarse de insistir una y mil veces sobre la necesidad de que la Alhambra se perpetúe tal y como ha llegado á nosotros, con sus bosques, y sus torres, y sus murallas, y sus fuentes y sus jardines; que no se separe parte alguna de su singular conjunto; ántes, por el contrario, se procure arrojar de ella la mezquina propiedad privada que le ha traído el abuso inveterado de poco escrupulosas administraciones, más celosas de los rendimientos, que de la historia del arte y los fueros de nuestras glorias.»

Se ve, pues, cómo han comprendido esos cuerpos científicos el carácter y hasta las necesidades creadas á favor de tan importantes trabajos, y hasta qué punto se ha reconocido el principio establecido y los medios de practicarlo.

Fieles nosotros á estos antecedentes, hemos considerado oportuno terminar esta breve reseña con una simple exposicion de lo que pudiera hacerse en adelante por el Estado para perpetuar hasta donde sea posible el singular y armónico conjunto que ofrece la Alhambra. Segun los datos que extractamos del archivo de la antigua administracion, se han gastado en todo género de obras de escultura, pintura y arquitectura, desde el año 50 hasta el 66, unos 32.000 duros, distribuidos en todo el Alcázar árabe, jardines y dependencias. Repartida esta suma en anualidades, corresponde á cada una cerca de 40.000 reales, cuyo gasto no sólo es sumamente reducido, sino mezquino, tratándose de monumentos que habian estado abandonados cerca de dos siglos, y cuya construccion es tan débil como económica. Los presupuestos hechos en los tres diferentes ramos no excedieron nunca de 70.000 duros en su totalidad; debiendo llamar la atencion sobre la lentitud con que se han hecho las citadas obras, lo cual ocasiona siempre mayores dispendios, porque se repiten gastos inútiles por no terminarlas á su debido tiempo.

Se ve que de aquellos presupuestos ha quedado sin hacer más de la mitad de la restauracion puramente artistica, y además algunas obras de pura fortificacion de murallas y torres que se hallan fuer a

del Alcázar en el recinto de la antigua fortaleza, las cuales no son tan urgentes, si se exceptua el muro de sostenimiento proyectado por el cuerpo provincial de ingenieros sobre el rio Dauro, frente á la iglesia de San Pedro, cuya absoluta necesidad, estudiada detenidamente, podria en nuestro concepto modificarse, toda vez que no afecta directamente á los preciados alcázares ni otros edificios que más interesan en la Alhambra. Habiendo pues el Gobierno consignado en los presupuestos de Fomento la cantidad de 65.000 duros para restauracion, se ve que, con arreglo á aquellos presupuestos, hay con esta cantidad lo suficiente para realizarla.

Pero no se cumple este propósito aventurando inmediatamente esta suma para gastarla en un corto y limitado término, como se podria hacer levantando edificios de carácter puramente industrial; si se quiere hacer una restauracion á conciencia, hay que aplazar el resultado á dos ó tres años, y prescindir de un alarde de fuerza y de buen deseo, que no conduce directamente más que á errores. En Francia y en Alemania la restauracion de los monumentos antiguos se ha hecho mediante un estudio tranquilo y razonado, sostenido por el convencimiento de que no servian de nada las teorías admitidas para las obras modernas, y era preciso á cada paso indagar los métodos, los medios y el espíritu empleado por los antiguos para ejecutarlas; pues no se trata de hacer innovaciones ni inventar sistemas de dudoso éxito, sino de copiar, reproducir, sostener, reparar y distinguir cada punto y cada detalle, exponiéndose siempre más bien á hacer poco que á equivocarse mucho. Y para conseguirlo, es menester educar á los operarios y á los artistas en el carácter y en la índole de la obra del mismo modo que se ha hecho hasta aquí en razon de los recursos que se contaban. De todo lo cual se deduce que la suma destinada hoy á tan ilustrado propósito, debiera, en nuestra humilde opinion, repartirse en un período de tres años, cuyo tiempo da lugar á que se puedan hacer, con los complicados almirates de raras combinaciones, los difíciles mosaicos de loza vidriada, cuya industria casi está perdida en nuestro país.

Aparte de este modo de consumir el presupuesto de restauracion, no puede olvidarse un gasto permanente de conservacion, que en todo tiempo se necesita.

Tratándose de objetos antiguos que el tiempo ha deteriorado lentamente, de edificios que reciben la accion constante de las esta-

ciones y de adquisicion de detalles que existen hoy como bienes de propiedad particular, el gasto de conservacion permanente debe abrazar, tratándolo con un rigor económico quizá exajerado, los sueldos de un Director conservador ó restaurador, un Interventor de contabilidad, Conserje, Jardinero y diez dependientes; además un Conserje para el Museo y su auxiliar, de modo que incluido así el personal de direccion artística, custodia del sitio, sostenimiento de jardines y arbolados, conduccion de aguas, y como auxiliar una pequeña suma para enriquecimiento del Museo, costará como unos diez mil duros ánuos para personal y material de conservacion, que es próximamente el doble de la suma que se ha venido empleando desde el año 1868, aunque en distinta forma, segun aparece de las cuentas que obran en la Administracion.

Bien modesta es por cierto la cantidad que presuponemos para guardar y sostener los monumentos árabes de Granada, y creacion de un pequeño Museo donde se vayan recogiendo los fragmentos diseminados de las diversas épocas históricas que pasaron por esta interesante region de nuestra Península. Los Museos que existen tan dignamente cuidados en la mayor parte de las ciudades germánicas cuestan más, y no queremos hacer comparaciones con los que asombran al viajero en otros parajes de Europa más ricos y más florecientes. Basta para la Alhambra una organizacion puramente artística y un sistema de restauracion que distribuya la suma concedida por las Córtes en tres años consecutivos, para verificar en ella una reparacion provechosa, que, con la ya realizada, nos presente á la vista de esa multitud de viajeros que la visitan, como justos apreciadores de nuestras pasadas glorias.

No hemos creido ocioso descender á estos detalles, porque sabemos por experiencia cuán inútiles suelen ser los mayores sacrificios, cuando al hacerlo no preside el orden y la equidad en la distribucion. El proyecto es de una absoluta necesidad, y sólo faltaba hacerlo compatible con los recursos destinados á su ejecucion, que es lo que ligeramente hemos ensayado. Tengamos presente que la mayor parte de estos propósitos han sido en España ilusorios, y que hoy nos contempla todo el mundo con más curiosidad que en tiempos no lejanos; acordémonos, en fin, que si preguntamos á la mitad de los extranjeros qué vienen á ver á nuestro país, nos dirán: los restos de la civilizacion árabe y sobre todo la Alhambra.

RAFAEL CONTRERAS.

